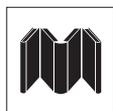


Charlotte Lucas

Tu año
perfecto

Traducción:
LIDIA ÁLVAREZ GRIFOLL



MAEVA

*A mi madre, Dagmar Helga Lorenz
(08.03.1945 – 20.10.2015)*

Y a mi padre, Volker Lorenz

*No se pueden añadir días a la vida, pero se puede añadir
vida a los días.*
Proverbio chino

«Un proverbio bastante insulso.»
Jonathan N. Grief

A Hamburger Nachrichten
Redacción/Atención al lector
Correo electrónico

Hamburgo, 31 de diciembre

Estimado equipo de redacción:

Antes de desearles feliz Nochevieja y próspero Año Nuevo, me gustaría señalarles brevemente un par de errores que he detectado en la edición de hoy.

En el artículo sobre la película *Glaciación* (página 18), protagonizada por Henning Fuhrmann, han escrito: «Henning Fuhrmann, el actor de treinta y tres años que ha actuado en diversas series de televisión, consiguiendo hacerse un nombre...».

Me gustaría indicarles que, según la Wikipedia, Henning Fuhrmann cumple años el 31 de diciembre, es decir, hoy. Por lo tanto, no tiene treinta y tres años, sino treinta y cuatro, un dato que obviamente se les ha escapado. Además, en el texto aparece un gerundio de posterioridad y, por lo tanto, incorrecto, que podría haberse evitado invirtiendo los elementos de la frase: «... que en los últimos años ha conseguido hacerse un nombre actuando en diversas series de televisión».

Asimismo, en la última página, el artículo sobre la nueva sede de la Filarmónica del Elba lleva por título «¡Van por todas!», cuando debería ser «¡Van a por todas!».

Atentamente,
Jonathan N. Grief

1

Jonathan

1 de enero, lunes, 07.12 horas

Jonathan N. Grief no estaba contento. Como todos los días, se calzó las zapatillas de deporte a las 06.30 de la mañana, se subió a su bicicleta de montaña y, a pesar de que el termómetro marcaba una temperatura bajo cero, se dirigió al lago Aussenalster para seguir su rutina de entrenamiento diaria.

Y, como todos los años, ese 1 de enero no solo se enfadó al ver los restos de petardos, bengalas y cohetes que, junto con la nieve grisácea derretida, formaban un chapapote espantoso y resbaladizo en las aceras, en los carriles bici y en los caminos para correr; o por el hecho de toparse con botellas de cerveza y champán, embarradas y rotas, que de noche habían servido de rampas de lanzamiento y que, por lo visto, nadie había considerado necesario tirar después al contenedor del vidrio; y tampoco se enfadó únicamente por el aire cargado y denso que los juerguistas de Hamburgo —a ojos de Jonathan Grief, también irresponsables— habían convertido con su pirotecnia en una pesadilla de partículas suspendidas y que ahora se extendía como una capa de polución sobre la ciudad hanseática y dificultaba la respiración.

(Evidentemente, los juerguistas de Nochevieja seguían en la cama, comatosos y con resaca; un minuto después de medianoche, habían lanzado al viento con un cohete sus buenos propósitos de beber menos y dejar de fumar, y habían estado de jarana hasta altas horas de la madrugada como si no les

importara quemar un dineral que podría bastar para sanear en un santiamén las arcas de la ciudad.)

No, eso no era lo único que lo enervaba.

Lo que más lo sublevaba era que esa noche su exmujer, Tina, también le había dejado en la puerta de casa la típica figurita de chocolate con una postal en la que le deseaba, como siempre, «Feliz y próspero Año Nuevo».

¡Feliz y próspero Año Nuevo! Mientras cruzaba el puente de Krugkoppel, desde el que se bajaba al parque del Ulster por el sendero que pasaba por delante del café Red Dog, aceleró la marcha hasta alcanzar los 14 kilómetros por hora y sus pedaleos provocaron un ruido sordo en el camino.

¡Feliz y próspero Año Nuevo! El pulsómetro de Jonathan indicaba una velocidad de 16 kilómetros por hora y una frecuencia cardíaca de 156 pulsaciones por minuto. Esa mañana probablemente lograría recorrer en un tiempo récord el camino de 7,4 kilómetros que rodeaba el lago. Hasta entonces, su mejor marca era de 33,29 minutos y, si seguía corriendo así, la superaría.

Sin embargo, al llegar a la altura del Anglo-German Club bajó el ritmo. Aquello era un disparate. ¿Por qué los «detalles» espontáneos de Tina lo alteraban tanto que incluso le hacían poner en peligro su salud y arriesgarse a acabar con un esguince? Al fin y al cabo, llevaban cinco años separados, y una absurda figurita de chocolate no tendría que trastocarlo hasta ese punto.

Sí, Jonathan la había amado. Mucho. Y sí, ella lo había dejado por el que en aquella época era su mejor amigo, Thomas Burg, y le había pedido el divorcio después de siete felices años de matrimonio. Al menos, Jonathan siempre había creído que eran felices juntos. Por lo visto, su ex pensaba de otra manera porque, de lo contrario, no habría pasado nada con Thomas.

Tina le aseguró que él, Jonathan, no tenía la culpa de nada, pero cualquiera con dos dedos de frente sabe que en esos casos uno siempre tiene la culpa de algo.

Y Jonathan seguía preguntándose qué podía ser ese «algo». Después de todo, él le había ofrecido el paraíso en la Tierra. Le

había comprado una casa preciosa en Harvestehude, uno de los mejores barrios de Hamburgo, con vistas al Innocentiapark, que ella reformó a su gusto, incluso creó su propio refugio, ¡con cuarto de baño y vestidor incluidos!, y también le había facilitado las cosas para que dejara su odioso trabajo de diseñadora gráfica en una agencia de publicidad y viviera a su aire.

Jonathan se anticipaba a casi todos sus deseos. Daba igual que fuera un vestido bonito, un bolso elegante, una joya o un coche nuevo, bastaba con que Tina comentara que una cosa le gustaba para que él se la comprara.

Una existencia libre de preocupaciones y obligaciones. En la editorial Griefson & Books, que Jonathan había heredado de su padre, Wolfgang Grief, contaban con un director general excelente y él solo aparecía por allí como «figura decorativa» y, en calidad de editor, tenía que estar disponible para cumplir tareas representativas. El matrimonio emprendía viajes carísimos a los destinos más exclusivos y siempre era bien recibido en los acontecimientos sociales de la ciudad, sin tener que preocuparse de que su vida privada fuera objeto de la prensa rosa.

Tina disfrutaba al máximo de su vida con él, no paraba de proponer destinos exóticos, vestir elegantes prendas de diseño y redecorar las habitaciones de la mansión cada cierto tiempo.

Jonathan se preguntaba de vez en cuando, sobre todo cada vez que le daba por hacer reformas, si su mujer no se aburría un poco.

Tina buscaba «algo más» que era incapaz de concretar, al menos delante de su marido. Se apuntó a cursos de idiomas, a correr en grupo por recomendación de Jonathan, a clases de guitarra, a chi kung, a tenis y a otras actividades, pero no duraba mucho tiempo en ninguna. Llegó un momento en que él estuvo a punto de tratar más a fondo el tema de los hijos (y no solo para hablarlo, sino también para llevarlo a la práctica), a pesar de que Tina aseguraba que los dos estaban muy bien solos.

Luego, finalmente, ella fue a ver a una terapeuta.

Jonathan no supo nunca de qué hablaba Tina en sus sesiones semanales. A ella no le pareció necesario contárselo. Pero, fuera lo que fuese, era evidente que había encontrado su indefinido «algo más» precisamente en Thomas, un hombre al que Jonathan conocía del colegio y que se encargaba del marketing en Griefson & Books.

Se encargó, mejor dicho. Porque, después de la separación, Thomas prefirió dejar su puesto en la editorial, enviar a Tina de vuelta a su trabajo en la agencia de publicidad y malvivir con ella en un piso de dos habitaciones en el barrio alternativo de Schanze.

Al pensar en ellos, Jonathan meneó la cabeza con incredulidad, mientras corría con la vista clavada en sus zapatillas Nike de color amarillo fosforito. ¡Una vida malograda en nombre del amor! ¿Y precisamente Tina le deseaba a él un feliz y próspero Año Nuevo? ¡Qué ironía!

Jonathan resopló y al hacerlo se formó una nubecita de vaho delante de su boca. Él tenía una vida próspera y, ¡qué caray!, también era feliz.

Volvió a acelerar el pedaleo, estuvo a punto de tropezar delante de la zona habilitada para perros y sorteó por los pelos el regalito de uno de los chuchos a los que sus amos dejaban correr por allí sueltos.

Se paró, jadeando, hurgó en el brazalete deportivo en el que, además del iPhone y las llaves de casa, llevaba bolsitas de plástico, sacó una y metió la mano dentro para recoger los excrementos con las puntas de los dedos y tirarlos en la papelera más cercana. No le pareció divertido, pero alguien tenía que hacerlo.

Esa era otra de las cosas que lo sulfuraban. Los grandes «amantes de los animales» que tenían un dogo o un braco de Weimar, la última moda canina, encerrados en sus pisos elegantes, y a los que ni se les ocurría recoger los excrementos cuando sacaban a los pobres animales para darles el paseo de rigor durante cinco minutos.

Jonathan empezó a escribir mentalmente otro correo electrónico a la redacción del *Hamburger Nachrichten*, ¡había que remediar sin falta esa situación! Los legisladores tenían que intervenir con mano dura y decretar multas más severas para los que no comprendían que la libertad de uno terminaba cuando causaba perjuicios en la vida de los demás. Y, desde su punto de vista, los excrementos de perro en la suela del zapato eran un perjuicio, y de los queapestaban.

Mientras empezaba a pedalear de nuevo, echó un vistazo a la aplicación de su *smartphone* y comprobó con fastidio que esa parada le había arruinado la estadística. Por un momento deseó echarle el guante al malhechor que dejaba allí los excrementos de su perro, ¡se iba a enterar!

Sin embargo, pronto volvió a pensar en Tina y en Thomas. Probablemente ellos se llamaban «Tiny y Tommy», o quizá «ratita y osito», ¡a saber!

Los imaginó sentados en una salita decorada de cualquier manera con muebles de Ikea, tomándose una botella de vino barato mientras su hija, Tabea (sí, sí; por lo visto, la vida en pareja no era el colmo de la perfección, pero después de contarle su relación con Thomas, Tina apenas tardó un minuto en tener un hijo), dormía plácidamente en su cama alta con tobogán, pintada a mano con barniz ecológico de alerce. Tiny, Tommy y Tabby, el trío tralará.

El trío en su pisito de Schanze, donde Tiny y Tommy se preocupan por Jonathan y por cómo le van las cosas. Hasta que Tiny dice que baja un momento al supermercado de marcas blancas, donde venden unas figuritas de chocolate monísimas, y que va a comprar una para dejársela a su ex en la puerta de casa con una tarjeta; al fin y al cabo, ella lo ha abandonado de un modo perverso y le ha roto el corazón.

—¡Qué buena idea! —exclama Tommy—. De paso, compra una botella de Château de Clochard, ¡está de oferta y así celebraremos la Nochevieja!

El pulsómetro marcaba 172 pulsaciones por minuto; Jonathan tenía que bajar el ritmo si no quería perjudicar su salud.

No entendía qué le ocurría esa mañana, pero reconoció a regañadientes que todavía era incapaz de mantener la calma cuando pensaba en Tina y su nueva vida.

Y eso a pesar de las veinte horas de terapia con un *coach* que le aseguró que le arrancaría la pena de cuajo en dos o tres sesiones. Otro chapucero con el que también podía enfadarse si quería. Aquel individuo incluso tuvo la desvergüenza de acusarlo de ser poco colaborador cuando Jonathan le señaló los fallos sistemáticos que había detectado en su método de *coaching*.

Mientras pasaba por delante del café Bodo's (¡qué manía con usar el genitivo inglés!), el bar del embarcadero, de pronto pensó en que Tina no le había exigido nada al separarse. Ni dinero, ni pensión, ni una parte de la casa, nada.

Sin embargo, podría haberle reclamado todo eso y, según sus abogados, mucho más. Pero se fue igual que había llegado ocho años antes: sin dinero y con un trabajo mal pagado de diseñadora. Incluso renunció al Mini y, a pesar de sus protestas, a todas las joyas que él le había regalado.

Según el *coach*, Tina había demostrado que era una mujer con clase y dignidad, puesto que, al fin y al cabo, era ella la que había pedido el divorcio. Sin embargo, dejando aparte el hecho de que él lo había contratado para pasar página cuanto antes y no para oír las opiniones de un incompetente sobre la manera de proceder de su ex, Jonathan seguía más o menos en sus trece: la renuncia de Tina a lo que le correspondía legalmente no tuvo nada de despedida digna, sino que fue una pequeña puñalada traperera para demostrarle que no lo necesitaba ni le hacía falta su dinero. Así de simple.

Al cabo de veinte minutos, sudando y resollando más de lo habitual, Jonathan llegó al circuito de gimnasia al aire libre que daba a la calle de Schwanenwik. Todas las mañanas acababa allí el entrenamiento, haciendo treinta minutos de ejercicio en los distintos aparatos, que a esas horas tan tempranas no usaba nadie más. Y todavía menos el día de Año Nuevo, una fecha en la que daba la impresión de que no había ninguna otra persona en el mundo.

Primero hizo cincuenta flexiones y, luego, cincuenta abdominales, seguidos por cincuenta flexiones en barra fija. Repitió la serie tres veces. Entonces se sintió en forma para encarar el día y, al concluir los preceptivos ejercicios de estiramiento, comprobó con satisfacción que valía la pena seguir la rutina diaria de entrenamiento que se había marcado.

A sus cuarenta y dos años estaba realmente en forma y, en lo referente al ejercicio físico, podría competir sin esfuerzo con cualquier veinteañero; además, medía 1,90 y pesaba ochenta kilos, con lo que estaba más delgado que la mayoría de hombres de su edad. Al contrario que Thomas, que cuando iban al colegio ya se quejaba de su tendencia a los michelines.

Y Jonathan, también al contrario que el «gran amor» de su ex, conservaba una buena mata de pelo negro y solo tenía unas cuantas canas en las sienes. Como decía Tina, eso provocaba un interesante contraste con sus ojos azules.

Por lo visto, ese contraste ya no le parecía tan interesante, puesto que el bueno de Thomas había empezado a quedarse calvo antes de los treinta y su incipiente calvicie solo podía calificarse de «entradas» si lo mirabas con cariño. Y en cuanto a los ojos, los tenía de un color indefinido entre marrón sucio y verde transparente.

Jonathan se permitió una breve sonrisa al recordar la de veces que había tenido que consolar a su ex mejor amigo porque una mujer le había dado calabazas.

Eso hacía que la situación actual fuera aún más injusta. ¡Y pensar que Thomas le dijo: «Bueno, Jonathan, no te lo tomes tan a pecho, siempre gana el mejor!» ¿El mejor? ¡Bah! Desde que se marchó de la editorial, Thomas trabajaba como «consultor de marketing» por su cuenta, lo que, para ser exactos, no era más que una forma suave de decir que «estaba en el paro» o que, al menos en su caso, no podía hablarse de éxito.

Pero, bueno, ya era suficiente: antes de obsesionarse otra vez con la idea de por qué Tina lo había abandonado precisamente por ese individuo, objetivamente «peor», puso los

hombros rectos y se dirigió hacia la bicicleta, que había aparcado como siempre en la entrada del circuito de gimnasia.

Se detuvo en seco al ver la bolsa negra que colgaba del manillar. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Se la había olvidado alguien? Pero ¿por qué precisamente en su bicicleta? ¿Qué raro! ¿O tal vez era otro «detalle» de Tina? ¿Ahora lo acechaba a primera hora de la mañana mientras se entrenaba?

Descolgó la bolsa del manillar tirando de las asas con los dedos. Era bastante ligera y, al observarla más de cerca, vio que era una bolsa de la compra de nailon con cremallera, un poco mejor que las que se vendían en la caja de cualquier supermercado.

Jonathan pensó si debía abrirla; al fin y al cabo, no era suya. Pero solo lo pensó un momento; después de todo, alguien la había colgado en su bicicleta; así pues, abrió la cremallera de un tirón y echó un vistazo en el interior.

Apareció ante sus ojos una agenda gruesa, encuadernada en piel de color azul oscuro. Jonathan la extrajo con curiosidad y le dio un par de vueltas. Era nueva, de la marca Filofax, con tapas de cuero noble repujado, costuras blancas, cierre de lengüeta y clip.

Un objeto que, en la era de los iPhone, Blackberry y compañía, utilizaba muy poca gente, al menos entre los menores de cincuenta años.

Jonathan estaba confuso. ¿Por qué habían colgado en su bicicleta una bolsa con una agenda de otra época?

2

Hannah

Dos meses antes
29 de octubre, domingo, 08.21 horas

Hannah Marx se despertó y supo que estaba enamorada.

Pero ¿de quién? No tenía ni idea.

Sin embargo, sabía que no se trataba (y eso la descolocaba aún más) de su novio, Simon Klamm, del que hacía tiempo que esperaba una propuesta de matrimonio. Secretamente, claro; hasta entonces no se lo había dicho nunca ni tampoco se lo había insinuado. Pero después de más de cuatro años saliendo juntos, pensaba que ya iba siendo hora.

Apartó la colcha, se incorporó y se frotó los ojos, confundida. ¡Qué cosas más extrañas había soñado esa noche! Todavía notaba un agradable hormigueo que le recorría el cuerpo, y una mirada rápida al espejo que estaba junto a la cama le reveló que tenía las mejillas sonrosadas por la excitación. Su melena pelirroja y rizada estaba desgredada como si hubiera pasado toda la noche revolcándose en las almohadas; incluso le brillaban los labios, rojos y voluptuosos, como después de una larga sesión de besos y arrumacos.

No cabía ninguna duda, Hannah se había enamorado mientras dormía. No, no había tenido un sueño erótico con un desconocido, no era eso. Tampoco con alguien conocido, con un antiguo compañero de trabajo, un vecino o alguien de su círculo de amistades.

Bien mirado, era incapaz de recordar al hombre que aparecía en su sueño. Solo recordaba la sensación. Una sensación inequívoca de estar enamorada. De calidez y confianza, un

cosquilleo en el estómago, risas y sonrisitas, una alegría y una euforia desmesuradas, locura. Y felicidad, sí, eso también.

Suspirando, sacó las piernas fuera de la cama y se quedó un momento sentada en el borde. Meneó la cabeza con la esperanza de poner en orden sus pensamientos y ahuyentar aquel sueño nebuloso. Por muy agradable que fuera la sensación, esa mañana necesitaba tener la cabeza clara, puesto que le esperaba un día importante.

Ella y Lisa, su mejor amiga y compañera de trabajo, habían pasado casi medio año reformando y decorando un local desvencijado en la calle Eppendorfer Weg; también habían preparado un plan de negocio y habían presentado la documentación necesaria para crear una empresa; habían abierto una página web y, con ayuda de un *crowdfunding*, habían reunido un capital considerable (los padres de Hannah y de Lisa también habían contribuido); habían pensado en el marketing y en la publicidad; habían impreso folletos, habían pegado en la vieja furgoneta Volkswagen de Lisa el logo que ellas mismas habían creado, y un largo etcétera.

Ese día, a las dos de la tarde, por fin llegaría el momento: ¡iban a inaugurar La Pandilla, un centro de actividades lúdicas para niños, con una gran fiesta infantil!

Aunque solo fuera vagamente, la idea le había rondado por la cabeza durante una eternidad. En realidad, soñaba con ello desde hacía unos diez años, desde el día en que empezó a trabajar en una guardería con Lisa, después de graduarse las dos en educación infantil.

Siempre le habían molestado, ¡y también a Lisa!, el sueldo miserable y los nefastos horarios de trabajo. Sin embargo, le parecían mucho peores las condiciones en que se encontraba la guardería: nunca había suficiente dinero para comprar juguetes decentes ni materiales para hacer manualidades como es debido, tampoco para excursiones ni otras actividades extra, como gimnasia o música; el cajón de arena del patio solía estar vacío y el columpio destartado que había al lado era un auténtico peligro.

Seguramente, los padres de sus pupilos se habrían mostrado dispuestos a aportar financiación, pero, por algún motivo que para Hannah y Lisa seguía siendo un misterio, la dirección se oponía a recurrir a esas prácticas.

Cambiaron tres veces de guardería, pero en ninguna se sintieron satisfechas; en todas partes parecían darse las mismas anomalías. Y así fue como, sin prisa pero sin pausa, el deseo de Hannah de poner en marcha un proyecto propio fue en aumento. Quería montar algo al margen de directores y gerentes, un espacio donde los niños disfrutaran de verdad. Algo por lo que los padres estarían dispuestos a pagar porque sabrían que dejaban a sus pequeños en buenas manos.

Así pues, después de darle vueltas y más vueltas a la idea, un día, seis meses atrás, le contó su plan a Lisa y la convenció de que debían intentarlo, de que tenían que dejar su trabajo y poner en marcha el proyecto de La Pandilla. De lo contrario, nunca averiguarían si podría haber sido un éxito y, además, como todo el mundo sabía, al final de la vida nadie se arrepentía de las cosas que había hecho, sino de las que no.

Simon calificó el proyecto de «disparate total» cuando Hannah se lo contó. Dijo que el mundo no lo necesitaba y que era una locura dejar un puesto de trabajo fijo, y añadió que iba a emprender una «acción kamikaze» solo porque tenía «la cabeza llena de pájaros». Además, desde su punto de vista, «implicar» a una amiga era el «colmo de la irresponsabilidad».

Hannah había estado casi a punto de darle la razón alguna que otra vez. Quizá después de un día muy estresante, cuando tenía que bregar con el plan de negocio al salir del trabajo. O cuando de repente la embargaba el temor de que, en caso de fracasar, no solo pondría en juego su futuro, sino también el de Lisa.

Sin embargo, con el tiempo consiguió convencerse a sí misma, y también a su novio, que tendía a verlo todo de color negro, de que, si bien era cierto que los medios de comunicación del país atravesaban una crisis y él era uno de los afectados, la idea de montar una ludoteca era genial. A Simon

acababan de despedirlo de su trabajo como periodista en el *Hamburger Nachrichten*, aunque su jefe lo había formulado de manera más elegante al utilizar el verbo «cesar».

Además, antes de dejar su empleo, Lisa y ella se habían tomado la molestia de repartir un cuestionario a más de doscientas parejas, y así habían averiguado lo que los papás y las mamás querían para sus retoños y cuánto estaban dispuestos a pagar por las actividades ofertadas, que les permitirían entretanto dedicarse a su profesión o a mejorar su hándicap en el campo de golf.

Los resultados de la encuesta (y el exitazo del *crowdfunding*) impresionaron incluso a Simon. Tuvo que reconocer ante Hannah que, aunque solo les fuera la mitad de bien de lo que esperaban, fácilmente superaría el miserable sueldo que cobraba trabajando de educadora infantil.

En el fondo, el proyecto era simple: Lisa y ella ofrecerían actividades de tarde y, sobre todo, de fin de semana a las familias que tenían que colocar a sus hijos fuera del horario escolar. Con un precio imbatible de seis euros por criatura, les saldría más barato que contratar a un canguro, y ellas ofrecerían mucho más que un rato viendo televisión de pago o simplemente «custodiando» a los pequeños, cosas que ya se consideraban un éxito si nadie acababa muerto.

La Pandilla funcionaría de otra manera, habría mucha diversión y un montón actividades. Una vez al mes incluso organizarían una «fiesta de pijamas», de sábado a domingo, para ofrecer a los padres la posibilidad de salir de noche y luego dormir a pierna suelta. Si la demanda era buena, esas actividades podrían realizarse con más frecuencia.

Así al menos se lo imaginaban Hannah y Lisa. Con un grupo de dieciséis niños de entre tres y seis años como máximo, es decir, ocho por monitora, una ratio verdaderamente de lujo teniendo en cuenta que en sus anteriores trabajos debían ocuparse entre las dos de veinte mocosos o incluso más, podían organizar actividades fantásticas: salidas al parque de aventuras y al bosque de Niendorf para ver a los ciervos; visitas a los

bomberos, a la Policía o a una biblioteca; excursiones al Elba, con travesía incluida en uno de los transbordadores, que eran gratis para los menores; y también al parque de Eppendorf, cerca del Hospital Universitario de Hamburgo, a la piscina municipal en verano y un largo etcétera.

Por otro lado, en el local de Eppendorf tenían espacio de sobra para organizar actividades si hacía mal tiempo, algo inevitable en Hamburgo. Al lado de la zona de recepción, que contaba con un guardarropa, una pequeña cocina y lavabos con un cambiador para bebés, se encontraba el verdadero corazón de La Pandilla: una gran sala de juegos que medía casi cuarenta metros cuadrados. Las semanas anteriores, Lisa y Hannah habían pasado muchas horas allí y habían transformado el espacio en un verdadero paraíso infantil.

Había espalderas y colchonetas gruesas, un mostrador y una cocinita, un castillo con tobogán (una ganga comprada en eBay), un rincón de descanso con mantas, cojines, reproductor de CD y libros ilustrados, una tienda de campaña de princesas, una caja de disfraces, cochecitos de juguete, utensilios para hacer manualidades y juegos de construcción, maquillaje infantil y muchas cosas más.

En el pequeño patio trasero había un cajón de arena con tapa y un columpio nuevo y reluciente (también una ganga de eBay); además, los padres de Hannah les habían dado una hamaca, y los padres de Lisa, unos cuantos muebles de jardín en miniatura y un montón de chismes para jugar en la arena.

No obstante, lo mejor de todo era que Hannah había ido a clases de guitarra los últimos dos meses y estaba muy orgullosa de poder montar actividades musicales con los peques. Por su parte, Lisa se había concentrado en el tema «mini-disco» y, como hacen los animadores en los complejos turísticos, se había aprendido unas cuantas coreografías sencillas de canciones populares como *En la granja de mi tío* o *Veo veo*.

Resumiendo, habían pensado en todo lo que podía anhelar un corazón infantil y creían firmemente en el éxito de La Pandilla; más aún, estaban convencidas.

Los horarios de trabajo poco habituales, fines de semana y tardes, no serían ningún problema. Lisa estaba sola desde hacía más de tres años, aunque era muy atractiva, y no solo en opinión de Hannah. No era muy alta, medía 1,65 m, pero estaba dotada de unas curvas muy femeninas y lucía una melena negra, corta y revuelta, que invitaba a acariciarla. Tenía unos ojos cálidos de color ambarino y, por si eso fuera poco, unos labios carnosos por los que habría matado más de un cirujano plástico.

Sin embargo, hacía una eternidad que en la vida de Lisa no aparecía el hombre adecuado, cosa que a ella, según afirmaba, no le molestaba «lo más mínimo». Hannah no acababa de creérselo, pero la independencia absoluta de Lisa era ideal para La Pandilla.

En cuanto a Hannah, hasta hacía muy poco también partía de la base de que podía trabajar tranquilamente por las tardes y los fines de semana, puesto que Simon solía pasar muchas horas en la redacción del periódico. Por lo tanto, el horario habría encajado muy bien, incluso habría sido un plus en su relación. Por desgracia, en aquel momento la situación era distinta, pero ella tenía la esperanza de que las cosas cambiaran pronto. Mientras, Simon aseguraba que no veía ningún problema en que se dedicara de lleno a su proyecto. Hannah no sabía si alegrarse o enfadarse ante esa falta de reproches, pero al final decidió alegrarse porque, en su opinión, esa era la mejor postura que se podía adoptar en todas las situaciones de la vida.

—¡Tú podrías colaborar! —le dijo Hannah un día—. Ahora tienes tiempo. Y si nos va tan bien como Lisa y yo imaginamos, antes o después necesitaremos gente.

—¿Y cómo voy a colaborar? —preguntó Simon—. ¿Quieres que perfeccione mis habilidades en maquillaje infantil? ¿O que me ponga un disfraz de payaso mañana mismo?

—¡Eso no! —contestó Hannah, riendo—. Serías una especie de Pennywise y los niños se echarían a llorar y a gritar, y saldrían corriendo. —Ella misma se estremeció al pensar en el payaso de la novela de terror de Stephen King.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Simon, ofendido—. ¡A mí me encantan los niños!

—Sí, sobre todo cuando duermen. O cuando están en el horizonte más lejano y solo se les puede ver con prismáticos.

—¡Buf! —exclamó Simon, la abrazó y la atrajo hacia él—. Cuando tengamos nuestros propios hijos, ¡te darás cuenta de que soy un padre fantástico!

—¿Tú crees? —le preguntó Hannah, y soltó una risita nerviosa porque, al abrazarla, le hacía cosquillas.

En realidad, el corazón le había dado un vuelco al oír esas palabras: «nuestros propios hijos». ¿Lo había dicho en serio? Hasta entonces, ni siquiera habían hablado de casarse o de vivir juntos; Simon solo le había entregado ceremonialmente las llaves de su apartamento en el barrio de Hohenfelde.

—Sí —contestó lapidariamente Simon, y le dio un beso en la punta de la nariz—, estoy convencido.

—Me gustará verlo.

—Volviendo a La Pandilla —dijo Simon, cambiando por desgracia rápidamente de tema—, será un placer apoyaros, y no solo con palabras. Me encargaré con mucho gusto de enviar las notas de prensa por vosotras. Pero prefiero buscar trabajo de periodista.

—O podrías escribir por fin tu best seller.

—¡Ahora no tengo la cabeza para eso!

—¿Por qué no? —lo interrogó Hannah—. Yo creo que es el momento ideal.

—¿Ideal?

—Sí, bueno, ahora no tienes nada que hacer, pero seguirás cobrando tu sueldo durante seis meses. Con eso y la indemnización, el dinero te alcanza para todo un año. ¡A mí me parece que eres muy afortunado!

—¿Afortunado? —Simon la miró, desconcertado.

—¿Un año entero para poder quedarse en casa y escribir una gran novela? ¡Eso sería el sueño de cualquiera!

—A veces me sacas de quicio con tu eterno «no hay mal que por bien no venga» —contestó Simon, casi un poco molesto—.

No sabes lo que significa quedarse en la calle cuando tienes una profesión castigada por la crisis.

Hannah no dijo nada más, aunque le pareció un poco injusto que Simon se olvidara por completo de que, en los últimos años, ella había estado en la bancarrota por culpa de la situación en la guardería. Y que, no hacía mucho, él mismo solía afirmar que el trabajo de Hannah requería mucha más responsabilidad que el suyo y que era muy injusto que estuviera tan mal pagado.

Incluso renunció a comentarle que, si la situación era realmente tan dramática en los medios de comunicación, quizá había llegado el momento de cambiar de profesión. Y renunció porque una cosa era cierta: ella no tenía ni idea de lo que significaba perder no solo un trabajo que se creía seguro, sino también la perspectiva de encontrar otro. Ella «solo» era educadora infantil y ni siquiera había estudiado una carrera... Pero, en cambio, derrochaba un optimismo inquebrantable.

Ese optimismo se hacía patente, entre otras cosas, en la firme creencia de que, cuando una puerta se cierra, otra se abre, y esa puerta suele ser incluso mejor. Pero eso tampoco lo dijo porque supuso que Simon le contestaría de mal humor: «¡Ahórrame tus refranes!».

No, Simon tenía que salir por sí mismo de la depresión y era mejor que ella se mantuviera al margen. Hasta que eso ocurriera, tendría que apañárselas solo. Aunque quizá disfrazado de payaso...

Encontrar trabajo en un periódico, una revista o en la prensa *online* resultaba realmente muy complicado. Simon llevaba semanas enviando solicitudes incluso a publicaciones de mala muerte, pero solo recibía negativas. Eso no le levantaba el ánimo precisamente y, a la vez, creaba tensiones entre él y Hannah.

Mientras ella montaba su negocio llena de energía y entusiasmo, el mal humor de Simon empeoraba a medida que pasaba el tiempo y seguía encerrado en casa sin trabajo. En su fuero interno, Hannah deseaba que volvieran los tiempos en que

empezaron a salir juntos, cuando no paraba de sorprenderla con sus bromas, su encanto y su manera de ser tan cariñosa.

Hannah lo conoció el día que Simon fue a buscar a su ahijado a la guardería. Enseguida hubo chispa entre ellos y, durante las semanas siguientes, Simon pasó a recoger al niño muy a menudo.

¿Por casualidad o adrede? Seguramente lo último, porque al cabo de unos dos meses le preguntó qué le parecería quedar con él fuera del trabajo.

—Si tengo que esperar a tener mis propios hijos para verte más a menudo, pasará mucho tiempo —le dijo—. Y puede que entonces el momento perfecto haya pasado.

Hannah sonrió ensimismada al recordar lo original que fue Simon al pedirle que saliera con él.

El recuerdo de su primera cita acudió a su mente: Simon la invitó a un picnic a orillas del Elba. ¡Fue increíble! Fue un día maravilloso, el sol de mayo brillaba a más no poder y, desde la mañana hasta bien entrada la noche, estuvieron en la playa del río, sentados en una esterilla impermeable de cámping, mientras contemplaban los barcos y disfrutaban de las exquisiteces que él había llevado en dos bolsas inmensas: vino blanco y champán fríos, zumos y agua, fruta y queso, chapata, ensalada, hamburguesitas caseras (¡ca-se-ras!), jamón ibérico, gambas, un buen aperitivo... Simon puso sobre la mesa un *catering* completo para impresionarla.

Además, también llevó vasos, platos, cubiertos de verdad y servilletas de tela. Al anochecer, encendió dos antorchas que sacó de las bolsas. Hannah se sintió como si estuviera en una cena de gala. Bueno, como en una cena de gala en la arena de la playa.

Luego, el primer beso... Tímido y cariñoso, excitado y tembloroso; a Simon le latía con fuerza el corazón y Hannah lo notó.

Cuando no se besaban, él le contaba cosas. Hablaba sin parar: de su emocionante trabajo en el periódico, de sus planes de dar la vuelta al mundo algún día y de la gran novela que

escribiría en cuanto tuviera tiempo. Se reía y contaba chistes y daba rienda suelta a su fantasía, y hechizó a Hannah. ¡Muestra tanta energía, tanta pasión, tanto entusiasmo!

Sin embargo, poco después, su madre, Hilde, murió de cáncer, igual que el padre unos años antes, y justo cuando Simon empezaba a recuperarse de la conmoción, la prensa entró en crisis.

Cada vez que un compañero recogía sus cosas en la redacción del periódico, Simon se sentía más inseguro, más desanimado y más pesimista, hasta que el peor de sus temores, el despido, se hizo realidad. A veces, Hannah creía que él mismo había llamado a la desgracia con sus lamentos.

Desde entonces, estaba resentido con la vida, con el destino y consigo mismo, y ella lo comprendía, pero, por otro lado, aunque no le gustara reconocerlo, a veces la sacaba de quicio. Sobre todo porque ella estaba convencida de que Simon iba por mal camino con la postura que había adoptado. A él probablemente le parecería una estupidez, pero ella estaba segura de que la energía funcionaba según la actitud de cada persona: a los optimistas les pasaban cosas buenas y a los pesimistas, cosas malas; y a los que siempre partían de la negatividad, el universo les servía en bandeja los resultados correspondientes.

En opinión de Hannah, Simon no tenía motivos evidentes para quejarse. Al fin y al cabo, era joven y tenía salud, un techo bajo el que dormir, suficiente comida y una novia cariñosa que lo apoyaba. ¡Mucha gente en el mundo lo pasaba bastante peor! Esperaba que, cuando su novio tuviera un nuevo empleo a la vista, recuperara su antiguo ser.

Sonó el teléfono y Hannah apartó sus pensamientos de Simon. Saltó de la cama y salió corriendo hacia el pasillo de su apartamento de una sola habitación en el barrio de Lokstedt. El aparato estaba encima de la cómoda que había al lado de la puerta de entrada.

—¡Buenos días! —canturreó Lisa en cuanto Hannah descolgó el auricular.

–¡Buenos días! –contestó Hannah, reprimiendo un bostezo.
–Lo siento, ¿te he despertado?
–¡Qué va! Hace horas que estoy despierta –mintió Hannah.
–Perfecto, empezaba a preocuparme...
–Tranquila, todo va bien –la interrumpió su amiga.
–¿Y qué? ¿Preparada?
–¡Pues claro! ¡Estoy impaciente!
–Entonces, ¿nos vemos a las diez en el local?
–Mejor a las nueve y media. Casi estoy a punto.
–De acuerdo, yo también me daré prisa. ¿Tengo que comprar alguna cosa por el camino?
–Si llegas antes que yo, podrías ir a la tienda de Werncke a buscar los bollos que encargamos.
–De acuerdo –dijo Lisa–. ¿Algo más?
Hannah pensó un momento.
–No, eso es todo. Las bebidas, la bombona de helio para los globos y los platos y los vasos de usar y tirar los tiene Simon en el coche.
–¿A qué hora llegará?
–Me dijo que hacia las once.
–De acuerdo. ¡Hasta luego!

Hannah colgó y al instante volvió a notar el fabuloso cosquilleo que había percibido en el sueño. Sonrió aliviada porque por fin sabía lo que era. Esa noche se había enamorado de verdad, de eso no cabía duda.

Y lo había hecho de la idea de que a partir de entonces ya no sería una empleada mal pagada, sino Hannah Marx, la orgullosa copropietaria de la ludoteca La Pandilla.

3

Jonathan

1 de enero, lunes, 08.18 horas

Jonathan miró a su alrededor con disimulo, casi con mala conciencia. Naturalmente, era una tontería, pero le pareció notar en el cogote la extraña sensación de que alguien lo observaba.

Sin embargo, allí no había nadie. No se veía a una sola persona a orillas del Alster, nada más que un par de coches circulando lentamente por la calle de arriba.

Al volver a mirar la agenda, percibió un movimiento por el rabillo del ojo. ¡Allí había alguien! Reconoció una silueta borrosa junto a la orilla, medio escondida detrás del bar Alsterperle. Sin pararse a pensarlo, Jonathan echó a correr, sujetando con fuerza la Filofax y la bolsa.

No se había engañado, a orillas de la superficie lisa y brillante del lago había una persona de espaldas.

—¡Hola! —exclamó Jonathan, jadeando levemente.

No ocurrió nada, la silueta siguió contemplando ensimismada el lago.

—¡Eh! —exclamó Jonathan, esta vez más alto, pero tampoco obtuvo respuesta.

Aminoró el paso, ya estaba lo bastante cerca para distinguir que se trataba de un hombre alto y delgado.

Jonathan se extrañó un poco al ver que iba vestido con vaqueros, zapatillas de deporte y una camiseta a rayas rojas y blancas. No era el atuendo más adecuado para pasear por el lago el día de Año Nuevo, con temperaturas bajo cero.

—¿Hola? —dijo otra vez, y le tocó ligeramente el hombro.

El desconocido se sobresaltó y se dio la vuelta. Era joven, Jonathan calculó que tendría unos treinta o treinta y cinco años, y lo miraba con los ojos muy abiertos y cara de susto. Las gafas redondas de montura metálica hacían que sus ojos marrones parecieran aún más grandes.

—¿Habla conmigo?

—Sí —contestó Jonathan, resollando.

—¿Qué quiere?

—¿No será esto suyo? —preguntó, y le acercó la agenda y la bolsa.

Jonathan se sintió idiota inmediatamente. ¿Qué pensaría aquel hombre? ¿Un tipo que hacía *footing* se le acercaba corriendo y resoplando para enseñarle unos objetos? Seguro que la situación le parecía surrealista.

Como era de esperar, el hombre negó con la cabeza, primero levemente y luego con energía.

—No —dijo—, no es mío.

—Mmm, lástima —replicó Jonathan, que se sintió obligado a darle una explicación—. Lo he encontrado en mi bicicleta. O sea, la bolsa estaba colgada en el manillar y la agenda estaba dentro. —Señaló la Filofax a modo de prueba—. Y como no he visto a nadie más, he pensado que debía preguntarle si... —no encontró las palabras adecuadas.

—¿Si he dejado la bolsa en el manillar de su bicicleta? —el joven concluyó la frase y sonrió.

—Mmm, sí, exacto.

El desconocido volvió a negar con la cabeza, esta vez visiblemente divertido.

—Lo siento, yo no he dejado nada en su bicicleta —dijo, con una sonrisa más amplia.

Jonathan pensó de pronto en Harry Potter. Las gafas redondas y el pelo castaño y un poco revuelto, combinados con los rasgos juveniles de aquel hombre, hacían inevitable la comparación.

Le vino a la mente por un instante la imagen de su padre, Wolfgang Grief, que hasta el momento en que la demencia

senil lo obligó a ingresar en una residencia de ancianos hablaba a menudo de la gran metedura de pata de su vida: a finales de los años noventa, se negó a publicar en alemán la historia del pequeño aprendiz de mago, a pesar de que todos los informes de lectura se pronunciaron a favor del título. Wolfgang Grief dijo que *Harry Potter* era un «síntoma de la decadencia cultural de Occidente» y una «mancha en la historia de la literatura».

Incluso ahora, cuando su hijo iba a visitarlo una vez cada quince días a la lujosa residencia de ancianos situada a orillas del Elba, a veces, en uno de sus pocos momentos de lucidez, hablaba del tema. A Jonathan le extrañaba que su padre, en su actual estado, no tuviera nada mejor que hacer que alterarse por una saga juvenil inofensiva. Esperaba que a él nunca le ocurriera lo mismo. Al menos en lo referente a la demencia senil y a lamentarse de las oportunidades perdidas.

En esos momentos de doloroso recuerdo, Jonathan tranquilizaba a su padre afirmando que la sección de literatura juvenil de Griefson funcionaba de fábula incluso sin *Harry Potter*. Era mentira: hacía tres años, Jonathan había desintegrado por completo el departamento de libros infantiles y juveniles por consejo de Markus Bode, el director ejecutivo de la editorial. Según él, esa sección diluía la marca de la editorial, difuminaba la línea exclusiva de la casa. Bode le había explicado que era mejor apostar por el negocio central, la buena literatura y los ensayos de calidad que tanto apreciaban los libreros y los compradores potenciales.

El director remarcaba siempre que había valido la pena concentrarse en «las cosas importantes» y Jonathan no podía estar más de acuerdo. El dinero sonaba y había beneficios. Y la editorial era una de las preferidas de los suplementos culturales.

—¿Se encuentra bien?

La voz del joven devolvió a Jonathan a la realidad. A una realidad gélida, porque estaba quieto al aire libre y a orillas del Alster.

—Sí, sí —se apresuró a afirmar—. Yo, mmm, bueno, es solo que me parece raro que hayan dejado esta bolsa en mi bicicleta.

El hombre siguió sonriendo y se encogió de hombros.

—A lo mejor es un regalo de Año Nuevo.

—Sí —contestó Jonathan sin mucha convicción—. A lo mejor. Bueno, pues... —Se mostró indeciso un momento antes de hacerle un gesto amable de despedida al desconocido—. Pues nada. Y feliz Año Nuevo.

—Igualmente.

Antes de acabar de pronunciar la palabra, el hombre ya se había vuelto hacia el Alster y contemplaba en silencio, como antes, la superficie lisa y brillante del lago.

Jonathan se puso en marcha lentamente para volver hacia su bicicleta.

—Lástima.

La palabra sonó tan bajito que Jonathan dudó de si la había oído realmente. Se paró y se dio la vuelta. El hombre de la orilla lo miraba.

—¿Cómo dice? —preguntó Jonathan.

—Es una lástima, ¿verdad? —dijo el doble de Harry Potter.

—¿A qué se refiere? —Jonathan dio unos pasos para acercarse al desconocido.

El hombre señaló el lago con la cabeza.

—Que se hayan ido los cisnes.

—¿Los cisnes?

—Pasan el invierno en el estanque de Mühlen y no volverán a traerlos hasta la primavera —dijo, y suspiró—. Una pena.

—Mmm —fue lo único que Jonathan acertó a contestar. Pero, como el hombre lo miraba expectante, se sintió obligado a añadir—: Una verdadera lástima.

—Me gusta observar a los cisnes, ¿sabe?

—Ajá —contestó Jonathan, asintiendo con la cabeza aunque no entendiera nada—. Son unos animales preciosos.

—Son tótems —dijo Harry Potter en voz tan baja que Jonathan apenas lo entendió—. Simbolizan la luz, la pureza y la perfección, representan la trascendencia.

—Ajá —repitió Jonathan—, fascinante.

Estuvo a punto de preguntarle de dónde había sacado la información, pero entonces comprendió por qué aquel hombre iba tan poco abrigado con el frío que hacía aquella mañana de Año Nuevo.

Drogas.

Seguramente se había corrido una juerga en Fin de Año y seguía en su propio mundo. Jonathan dudó un momento si no debería cumplir con su obligación cívica de llamar a una ambulancia o a la Policía para que se lo llevaran de allí antes de que se congelara o hiciera alguna tontería. Pero descartó la idea; el hombre parecía tener la cabeza clara. Aunque dijera cosas extrañas y estuviera un poco pálido, no parecía colocado.

—Puede ir al estanque de Mühlen —le propuso Jonathan—. Bueno, si quiere ver a los cisnes. No está muy lejos de aquí.

El hombre asintió con la cabeza. Y volvió a sonreír.

—Sí, es una buena idea.

Luego dio media vuelta y se alejó en silencio, sin revelar si pensaba acercarse al estanque.

Jonathan se quedó un momento quieto, observando a aquel bicho raro. No sabía qué se había tomado Harry Potter, pero al parecer provocaba efectos asombrosos.

Volvió pensativo hacia su bicicleta. Cisnes, tótems, trascendencia. ¡Qué disparate!

Al llegar, cayó en la cuenta de que aún tenía en la mano la bolsa y la agenda. ¿Qué iba a hacer con ellas?

Miró de nuevo a su alrededor, pero, aparte del joven, que en esos momentos subía a cierta distancia por el terraplén que daba a la calle, no se veía a nadie.

Jonathan se dirigió a uno de los bancos que había en el circuito de gimnasia y se sentó. Luego acarició con ambas manos las suaves tapas de piel de la agenda. Dudó un momento. Finalmente, levantó la lengüeta y abrió el librito.

Tu año perfecto

Esas eran las palabras, escritas a mano con pluma estilográfica, que había en la primera página del cuaderno con anillas. Y nada más. Ni nombre ni dirección, a diferencia de lo que solía ser habitual en una agenda.

Siguió hojeándola y llegó al 1 de enero del flamante año que, todavía immaculado, tenía por delante. La distribución del espacio era generosa, había una página entera por día y todas estaban escritas de arriba abajo. Con la misma letra bonita que el título:

1 de enero

No se pueden añadir días a la vida, pero se puede añadir vida a los días.

Proverbio chino

Jonathan se estremeció. ¡Menuda frasecita! ¡Casi peor que *carpe diem!* O que la tan citada y manida frase de Charlie Chaplin: «Un día sin risas es un día perdido». Poesía barata para imprimir en tazas de regalo. Sin embargo, le picó la curiosidad y siguió leyendo la entrada del día:

Dormir hasta las doce. Desayuno en la cama con H. Después, paseo por el Alster y una copa de vino caliente en el Alsterperle.

Tarde: maratón de DVD. Opciones:

Posdata: Te quiero Ahora o nunca

El diario de Noa

El silencio de los corderos

Alternativa: todos los capítulos de la serie Norte y Sur.

Cena: tagliatelle con tomates cherry y parmesano rallado, acompañados de un buen rioja.

Noche: arrumacos, contemplar las estrellas, pensar y susurrar deseos.

Jonathan se echó a reír. ¡Menuda selección de películas! ¿Qué deseos podían susurrarse después de ver *El silencio de los corderos*? Y lo de cenar o hacerse arrumacos después de ver todos los episodios de *Norte y Sur* era más que dudoso porque, por lo que él sabía, la serie duraba una eternidad.

Tina lo había obligado a ver con ella, semana tras semana y durante años, la sentimentaloides historia de amor de Orry y Madeline. Y, si no recordaba mal, para él fue una tortura comparable a la de ver diez películas como la *Matanza de Texas* en una sola sesión.

Continuó hojeando la agenda con curiosidad. Era consciente de que no debía hacerlo porque equivalía a hurgar en un diario ajeno, pero ojos que no ven... Mientras leía por encima las páginas, notó que lo embargaba una innegable admiración. Alguien se había tomado la molestia de escribir notas para cada día del año. Hasta el 31 de diciembre, todas las páginas estaban llenas. A pesar de las citas infantiles que encabezaban las entradas («Solo se ve bien con el corazón; lo esencial es invisible a los ojos», Antoine de Saint-Exupéry), se ganó su respeto.

A veces, los planes del día eran complejos, como los anotados el 25 de agosto:

Alquilar una caravana para ir al mar del Norte, a St. Peter-Ording; buscar moluscos, asarlos y dormir al raso. ¡No hay que olvidarse de la música!

O eran pequeños proyectos, como el del 16 de marzo:

*¡Mi cumpleaños!
Por la tarde, al café Lütt, en la Hauptstrasse:
comeremos tarta hasta reventar.*

En el 21 de junio ponía lo siguiente:

¡Empieza el verano! A las 04.40 horas, contemplar la salida del sol en la playa del Elba.

Mientras pasaba páginas y leía sin parar, Jonathan se vio invadido por una extraña tristeza.

Por un lado, era evidente que la agenda no estaba dirigida a él. Ni siquiera conocía a nadie que tuviera una «H» como inicial de su nombre, exceptuando a Hertha Fahrenkrog, la vecina que vivía en la casa de la izquierda. Pero, aunque su

cumpleaños también fuera el 16 de marzo, aquella buena mujer tendría más de noventa años y vivía única y exclusivamente para *Daphne*, su caniche. Era imposible que hubiera escrito todos los días una agenda para él, página a página y con letra Sütterlin. No era el caso, pero la verdad es que esa vieja caligrafía encajaba con una anciana.

Precisamente la letra era el segundo motivo de la rara sensación de melancolía; sí, Jonathan se sentía extrañamente emocionado.

Necesitó un rato para saber de qué se trataba: la letra inclinada le recordaba a su madre, Sofía, que se separó de su padre cuando él tenía diez años.

Así escribía su madre, con esa letra de trazos alargados. Hacía una eternidad que no pensaba en ella, pero, mientras ojeaba las entradas, recordó con dolorosa claridad las cartas y las notas que le dejaba por toda la casa.

En la mesa del desayuno, al lado de un plato con huevos revueltos y jamón: «Buenos días, cariño, ¡que pases un buen día!». Luego, cuando desenvolvía el bocadillo a la hora del patio, en el papel encerado veía siempre lo mismo: «¡Buen provecho!» y un corazón dibujado con rotulador rojo. En la libreta, al lado de un suspenso en un examen de matemáticas: «No te pongas triste, ¡la próxima vez te irá mejor!». Y todas las noches le ponía debajo de la almohada una nota con sus buenos deseos: «¡Felices sueños!».

Pero no eran más que eso, notas que no le habían impedido abandonar no solo a su marido, sino también a su único hijo. Y regresar a su tierra, cerca de Florencia, de donde se había ido a regañadientes después de conocer al padre de Jonathan a finales de los años sesenta, cuando Wolfgang Grief pasó una temporada estudiando en Italia.

Hacía más de treinta años que la madre había huido para refugiarse en su hermosa y cálida tierra, mientras su hijo se quedaba en el frío norte con su frío padre.

Jonathan guardaba muy bien el secreto de que la inicial «N» que precedía a su apellido significaba «Nicolò». Casi le pareció

oír a su madre susurrar: «Nicolino, mi tesoro». Y decirle muy flojito al oído: «*Ti amo molto. Molto, molto, molto!*».

Sí, bueno, *molto* más o *molto* menos, el caso era que se había ido. Y después de tres años de intercambiar algunas cartas, llamadas y visitas, cuando Jonathan estaba en plena adolescencia, le envió a su madre una postal para comunicarle que, por él, podía quedarse para siempre en el país donde florecen los limoneros.

Y descubrió con asombro que su madre le hacía caso: nunca más supo de ella, nada de nada, hasta la fecha.

A pesar de todo, ahora miraba fijamente aquella letra que, de un modo inquietante, se la había recordado.

Una gota de lluvia cayó sobre la página y difuminó un poco la tinta. Sorprendido, Jonathan pasó por encima el pulgar derecho. Se sorprendió todavía más al comprobar que no llovía. ¡Qué ridículo!

Cerró la agenda a toda prisa, volvió a meterla en la bolsa y cerró la cremallera. Lo mejor sería dejarla encima del banco, de ese modo el propietario la encontraría si la estaba buscando. Probablemente, la había dejado en algún punto del camino y un atento viandante la había colgado en su bicicleta pensando que era suya o que así sería más fácil que el dueño la viera.

A Jonathan le temblaban las manos cuando empezó a girar las ruedecitas del candado de la bici. No era de extrañar, estaba rendido y aún no había comido nada. Iba siendo hora de volver a casa y desayunar copiosamente. Se montó de un salto en la bicicleta y empezó a pedalear. Tras recorrer unos pocos metros, el pulsómetro marcaba 175 pulsaciones por minuto.

Al cabo de tres minutos, se puso en pie sobre los pedales y frenó en seco, con tanta brusquedad que estuvo a punto de salir despedido del sillín. No, no estaba bien dejar la bolsa en el banco... ¡Era una invitación para que se la llevara cualquiera!

Así pues, dio media vuelta. Se llevaría la bolsa con la Filofax a casa y luego intentaría encontrar a su legítimo propietario. Sí, eso haría. Le pareció que era la única opción correcta.